

GUERRAS, COMERCIO Y PRECIOS BUENOS AIRES EN LA TRANSICIÓN DEL SIGLO XVIII AL XIX

HERNÁN ASDRÚBAL SILVA

hsilva@criba.edu.ar

Academia Nacional de la Historia

Argentina

Resumen:

El objeto de este trabajo es analizar el efecto de las guerras sobre el movimiento comercial, la navegación, el abasto y la producción. Si bien se señala algún antecedente, el estudio analiza la particular situación en que se encontró Buenos Aires como consecuencia de la guerra de 1796. Producido el conflicto, la marina británica y los corsarios al servicio de su Corona procuraron bloquear los principales puertos del imperio hispano. El Río de la Plata no fue ajeno a esta situación y sufrió, rápidamente, las consecuencias de la crisis. En Buenos Aires, los precios subían, las mercaderías de importación escaseaban o desaparecían del mercado, los productos regionales (particularmente los de origen pecuario) atestaban las instalaciones portuarias y los caudales quedaban detenidos. El problema fue muy complejo y, más allá de los efectos en el ámbito económico que nos ocupa particularmente, se insertó en lo político, social e ideológico.

La contienda afectó a todo el imperio, pero, a la vez que aparecieron resoluciones generales, cada parte constitutiva del mismo aspiró a solucionar sus propios problemas. El análisis de la crisis coyuntural en Buenos Aires, con sus secuelas, tiene singular importancia no sólo para comprender aspectos clave de la etapa colonial, sino también de nuestra historia nacional, dado que, con un breve interregno de paz (1802-04) y cambios de alianzas, el estado de beligerancia se mantuvo hasta la revolución.

Palabras clave: Buenos Aires, Virreinato, guerras, comercio, precios.

Abstract:

The aim of this paper is to analyse the effect the wars caused on the trade, shipping, supplies and production. Even though there is some precedent, the research focuses on the particular situation of Buenos Aires after the 1796 war. Once the conflict occurred, the British navy blocked the main Hispanic harbours. The Rio de la Plata suffered the severe impact of the crisis. Prices in Buenos Aires increased, the city experienced the lack of imported goods or even their disappearance from the market. Livestock products crammed on the port facilities. Not only did it affect the

economic field, which is what concerns us, but there also was a political, social and ideological impact.

The whole empire was affected, but each constituent part of it aspired to solve its problems. The analysis of the Buenos Aires crisis and its consequences is relevant not only for a general understanding of the key aspects in the colonial times, but also to understand more about our national history, given that, with a short peace interregnum (1802-04), the state of belligerency continued until the revolution.

Keywords: Buenos Aires, Viceroyalty, wars, commerce, pricing.

LA GUERRA DE 1779. UN ANTECEDENTE IMPORTANTE

El desenvolvimiento histórico del Virreinato del Río de la Plata estuvo signado por diversas guerras que afectaron sistemáticamente el desenvolvimiento de su economía. Así, por ejemplo, cuando el Río de la Plata logra ser plenamente incorporado al *Reglamento para el Comercio Libre* del 12 de octubre de 1778, surge como elemento perturbador para su plena vigencia el rompimiento de las hostilidades con Inglaterra (1779). Con efectos externos e internos que, pese a la búsqueda de vías colaterales y de emergencia, perduran hasta la paz de 1783.

La acción marítima de los británicos fue dura y los efectos causados por las restricciones al comercio exterior se hicieron sentir en el comercio exterior, con una fuerte incidencia en los precios de los productos de importación y exportación. Situación esta que, con claridad, queda registrada en la *Memoria* del virrey Vértiz.

La ruina del comercio en estas partes por la guerra con la Gran Bretaña —dice— tenía detenido el giro de los necesarios efectos de Europa de que se proveen, y sin circulación el dinero que debía remitirse de los que proceden sus ventajas: todo escaseaba y los pueblos eran sacrificados por los exorbitantes precios que les hacía sufrir la misma necesidad de socorrerse, y aun el erario y otros objetos públicos padecían notablemente por la falta de derechos e imposiciones aligadas al mismo giro [...].

La situación fue dura y los efectos de la contienda desatada como consecuencia de la participación de España, junto a Francia, en la guerra por la independencia de los Estados Unidos se hicieron sentir rápidamente. Más aún, ya el 22 de marzo de 1779, con anterioridad al rompimiento formal, se había ordenado cerrar los puertos rioplatenses.

COMERCIO Y GUERRA EN LA TRANSICIÓN HACIA EL SIGLO XIX

Como hemos mostrado en trabajos relacionados con el desenvolvimiento del comercio exterior, la nueva guerra con Inglaterra desencadenada en 1796 provocó un duro golpe a la economía imperial y consecuentemente al área de influencia regional.

En los años previos a esta contienda, el movimiento mercantil rioplatense se había ido vitalizando, por lo que los efectos de la paralización comercial fueron más profundos. Baste observar el cuadro comparativo entre las entradas y salidas de "dinero, frutos y producciones" en los años 1792 y 1797, para comprender el durísimo golpe recibido:

Cuadro 1

AÑO	EXPORTADO	IMPORTADO
1792	4.511.594 ps.4 rs.	\$2.993.277
1793	3.744.112 ps.5 rs.	\$2.399.312
1794	5.715.009 ps.3½rs.	\$2.873.173
1795	5.134.771 ps.3 rs.	\$1.978.149
1796	5.470.675 ps.6 rs.	\$2.853.945
1797	534.078 ps.4 rs.	\$132.593

Fuente: Archivo General de Indias, Buenos Aires, p. 346.

Cabe destacar, como índice significativo de la condición del mercado colonial, que de los 132.593 pesos en mercaderías introducidas en 1797, solamente 17.793 pesos correspondían a elementos transportados de España y 114.800 pesos, de La Habana y colonias extranjeras.

La brusca caída de los niveles de exportación e importación afectó al Río de la Plata en todos los órdenes, siendo Buenos Aires, como centro neurálgico del Virreinato, el catalizador de los remesones de la crisis.

Ningún sector quedó fuera de los efectos provocados por la guerra. Los precios subían, las mercaderías de importación escaseaban o desaparecían del mercado, los productos regionales (particularmente los de origen pecuario) atestaban las instalaciones portuarias y los caudales quedaban detenidos. La boca del Río de la Plata se vio acechada por corsarios ingleses que encontraban buen refugio en Río de Janeiro y en Santa Catalina. La preocupación por

la presencia de mercenarios al servicio de Gran Bretaña y de flotillas de aquel origen, navegando desde Brasil al Río de la Plata, para dirigirse incluso al Pacífico, fue permanente y aparece reflejada en los informes del Virrey y otros funcionarios¹. Más aún, en enero 1798, anticipándose a una posible invasión de los ingleses, el virrey Olaguer Feliú determinaba que, en caso de un ataque enemigo, se sacasen de Buenos Aires los caudales de la Real Hacienda y de los Registros de Lima. Resolución que comunicaba al Consulado para que pudiera tomar con anticipación las medidas que estimara oportunas para salvaguardar los dineros del comercio².

El temor al apresamiento o la destrucción de navíos fue en aumento, a tal punto que un convoy compuesto por 33 embarcaciones mercantes, escoltadas por tres fragatas y una corbeta, que a fines de junio de 1797 estaba dispuesto a partir desde Montevideo, debió ser cancelado. Más de 700.000 cueros tuvieron que ser desembarcados y colocados para su mejor resguardo en improvisados almacenes³. Si bien navieros, comerciantes y hacendados interesados en el tráfico aparecen como directos perjudicados, todos los niveles de la población, en mayor o menor grado, sintieron los efectos de una coyuntura que demostraba la absoluta dependencia.

“América —decía el administrador de la Aduana de Buenos Aires al Virrey, en julio de 1798— prohibida de tener fábricas, falta de utensilios para la labranza y beneficio de las primeras materias, carece de las principales ropas para vestir sus habitantes. Sin aperos para poner navegables sus embarcaciones y sin muchos otros efectos que la precisan a subsistir con Europa, necesita socorrerse de todo”⁴.

Mientras se implementaron medidas colaterales, como la del 18 de noviembre de 1797, que autorizó el tráfico de neutrales, rompió el pacto colonial y permitió fisuras y filtraciones difíciles de restañar, el comercio rioplatense debió moverse entre las presiones de los intereses locales y los peninsulares. La implementación del tráfico de neutrales, en combinación con otras dispo-

¹ Véase Archivo General de Indias, Secretaría de Guerra, 7244, exp. 51. Archivo General de Indias, Estado 80 y 81.

² Archivo General de la Nación, Consulado de Buenos Aires. Actas y documentos, t. III, 1798, Buenos Aires, 1947, p.38.

³ Archivo General de Indias, Buenos Aires, 124.

⁴ Archivo General de Indias, Buenos Aires, 346.

siciones como las que autorizaron la libre trata o el comercio con colonias extranjeras introdujo una importante modificación al sistema comercial, que en poco tiempo llevará a lo que hemos considerado la apertura del Río de la Plata al tráfico internacional.

A partir de la Real Orden de 1797, desde los más diversos puertos y con variadas banderas, una importante cantidad de barcos dirigieron sus proas hacia la América Hispana. El Río de la Plata, particularmente a través del puerto de Montevideo, no tardó en recibir a: norteamericanos, hamburgueses, dinamarqueses, genoveses, prusianos, portugueses y, aún, otomanos.

Las controversias ideológicas, los enfrentamientos de intereses, la necesidad individual y generales, las presiones políticas, etc. llevaron a contradicciones, cuya resultante fue, en definitiva, la implementación de un movimiento comercial que, justificado en la coyuntura, fluctuó sistemáticamente entre la legalidad y el fraude.

Sin duda había que buscar paliativos, no sólo para lograr un adecuado abastecimiento, sino también para extraer las mercaderías y promover la producción regional. Según un informe de la aduana de la Capital virreinal, en julio de 1798 se hallaban detenidos en Buenos Aires los siguientes efectos:

Cuadro 2

CANTIDAD	FRUTO	VALUACIÓN
2.500.000 unidades	cueros al pelo	\$3.125.000
80.000 quintales	sebo	\$320.000
300.000 quintales	carne de tasajo	\$750.000
300.000 unidades	cueros de caballo	\$112.500
30.000 barriles	carne salada	\$150.000
8.000 barriles	tocino	\$56.000
50.000 unidades	suelas	\$100.000
50.000 unidades	cueros de becerro	\$50.000
60.000 libras	lana de vicuña	\$60.000
50.000 arrobas	lana de carnero	\$75.000
6.000 millares	astas	\$72.000
20.000 docenas	badanas	\$30.000
10.000 unidades	cueros de tigre	\$20.000
100.000 unidades	pieles finas	\$75.000
50.000 unidades	plumeros	\$50.000
300.000 quintales	harina	\$900.000

Si sumamos 10.000 quintales de cobre detenidos, producto de la reexportación chilena, valorados en 140.000 pesos, el total de lo acumulado llegaba a la suma de 6.085.500 pesos, con una baja de 2.555.990 pesos en los derechos de exportación que debía recaudar el Estado⁵. Cifras limitadas por corresponder solamente a los frutos de mayor peso en las exportaciones regionales.

Dentro de este contexto podemos observar la situación regional en período que culmina con la firma de la paz, publicada en la Capital virreinal en diciembre de 1801. Buenos Aires es la ciudad límite que mira hacia el océano, con la competencia montevideana. Es la que actúa de nexo no sólo con el interior del Virreinato, sino con otras regiones del Cono Sur, como Chile y aún el Perú. A esas condiciones propias suma el hecho de ser la sede del poder regional. Allí estaban las máximas autoridades delegadas, Virrey y Audiencia, a las que secundaban un verdadero ejército de funcionarios. Ahí se encontraba también la mayor caja de resonancia de los problemas económicos, relacionados con la producción y la comercialización, el Consulado. No podemos olvidar, además, la presencia de un Cabildo fuerte que habitualmente trataba de sobrepasar los límites de su actuación municipal y de núcleos, no siempre orgánicos que, por motivaciones propias o generadas por acontecimientos externos, procuraron hacer valer sus principios o sus intereses.

Guerra, comercio exterior y abasto.

La estagnación provocada por la guerra afectó a todos los sectores y los órdenes de la vida regional. Por las características de su economía, vinculada básicamente a la producción pecuaria y al intercambio, el área bonaerense recibió un impacto superior a otras zonas del interior del Virreinato, agudizando las diferencias regionales. Esto no significa que los problemas derivados de la crisis no hayan incidido en el consumo de regiones como las del Alto Perú o Cuyo, afectadas también por la falta de introducción de manufacturas europeas. Sin embargo, frente a la coyuntura, concibieron una revitalización de sus industrias zonales que pronto se convirtieron en sustitutivas de las de importación, aumentando no sólo los niveles de producción, sino también los precios. Así podemos apreciar que, en las etapas previas al conflicto revolucionario, industrias interiores como las vinculadas a los paños, se encontraban en

⁵ Archivo General de Indias, Buenos Aires, 346.

pleno apogeo y desarrollo. Un informe del Consulado, fechado el 23 de agosto de 1798, proporcionaba un claro panorama de la situación:

Los efectos de Europa van visiblemente escaseando y por consecuencia recreciendo sus precios en suposición de sujetar al público a valerse de los que se fabrican en las Provincias del distrito y de las del Perú: en esencial tucuyos o lienzos de algodón que por su clase, bondad y duración suplen la necesidad y falta de los de aquellos dominios.

Los aguardientes y demás licores que vienen de allí [España] apenas se encuentran para las precisas urgencias a unos precios excesivos, por cuya causa se remedia el público con los de la tierra que también escasean.

Es deplorable el estado del comercio con las actuales circunstancias de la guerra, que impiden la introducción y extracción de géneros, frutos y efectos, y en una palabra tienen interrumpida la circulación, sin la cual ninguno de los tres ramos principales de la felicidad pública puede florecer⁶.

La importante dinámica comercial de la época anterior a la guerra había ido incentivando el consumo de productos de importación. De allí que, al registrarse una significativa caída en los ingresos de mercaderías, se generara un singular aumento de precios y aun la desaparición de artículos del mercado, con el consiguiente quebranto económico de algunos y el malestar del grueso de la población. Situación que, como se ha señalado, a su vez se vio agravada por el deterioro de las exportaciones.

Las experiencias bélicas vividas en Buenos Aires llevaron a que en diciembre de 1796, no bien conocida la noticia del rompimiento de las hostilidades y la declaración de guerra, los efectos europeos subieran entre un 10% a 12%. Medidas oportunistas y especulativas que no tardaron en concordar con la cruda realidad de la estagnación.

Tanto documentación emanada de diversos estratos de la administración y de los particulares, como informaciones impresas en el *Correo Mercantil de España y sus Indias*, muestran sistemáticamente la cruda realidad que le toca vivir al ámbito rioplatense en general y a Buenos Aires en particular.

Es habitual que, desde el mismo inicio de la contienda se hiciera referencia a la continua alteración de los valores que registraban los efectos de Europa

⁶ Archivo General de Indias, Buenos Aires, 586.

en general o de Castilla en particular, según las circunstancias. Un informe originado en la Capital virreinal, el 30 de abril de 1797, nos señala que a principios de ese año “la escasez de la lencería se hizo más sensible, como también la falta de otros efectos que apenas se encontraban, como son la hojas de latas de España y extranjeras, la nuez moscada y demás artículos de especiería”⁷.

La escasez, unida a la especulación, hizo variar significativamente los valores de plaza. Según igual fuente, en febrero de 1797 se registraba un aumento de hasta un 25% en los efectos de Europa y, pocos meses después (en octubre), se indicaba que los artículos de aquella procedencia “Se mantuvieron a precios excesivos [...], los cuales no pueden expresarse porque las frecuentes alteraciones que reciben, imposibilitan la exactitud del cálculo”⁸.

Prácticamente, con mayor o menor intensidad, todas las mercancías de importación se vieron afectadas por la limitación en el intercambio, siendo en esos momentos sumamente escasos los cristales, tripes, bretañas, bramantes, caserillos, angaripolas y otras clases de lencería, así como las hojas de lata, canela, pimienta, clavazón y varios géneros de mercería.

El problema del costo de las mercaderías debió ser angustiante, dado que –aunque existen registros–, reiteradamente, se plantea la imposibilidad de lograr una evaluación adecuada.

En 1800 se mantiene tal situación, aclarándose que:

Los efectos de Europa padecen tan continua variación en los precios que no se puede sujetar a cálculo, bien que siempre son subidísimos, pues como las provincias interiores también se surten de los principales renglones que aquí se necesitan, de esto resulta la escasez y por consiguiente la carestía en los precios⁹.

Aunque la crisis era coyuntural, sus raíces estaban en la concepción que había cimentado el sistema colonial. Las limitadas posibilidades de abastecer a América de productos manufacturados, había llevado a que España permitiera que, desde épocas tempranas, mercaderías provenientes de las naciones industrializadas salieran rumbo a las Indias.

⁷ *Noticias del Correo Mercantil de España y sus Indias. Sobre la vida económica del Virreinato del Río de la Plata*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1977.

⁸ *Ibidem*, p. 113.

⁹ *Ibidem*, p. 113.

Si bien en las últimas décadas se había producido un esfuerzo por dinamizar el desarrollo de diversas industrias regionales españolas, se seguían manteniendo los envíos de productos extranjeros para solventar las necesidades de las colonias, tal como lo demuestran los índices de exportaciones peninsulares y de importaciones americanas. De allí que el oro y la plata extraídos permitieran la acumulación de capitales en las potencias competidoras de España, como en el caso de su acérrima enemiga Gran Bretaña. Telas de las más diversas condiciones, artículos de mercería y quinquillería, muebles, minerales (en planchas, barra o forjado), papel, maderas, etc., procedían principalmente de Francia, Inglaterra, Holanda, Flandes, Alemania, Italia, los países escandinavos y Rusia, sin olvidar a Portugal.

Cabe acotar que, no sólo los productos de origen europeo causaban preocupación por su disminución o ausencia en el mercado local, sino también los de otras procedencias como los azúcares de La Habana, Brasil o Lima, los aguardientes, el arroz, etc.

El ingreso ocasional de naves contribuía a paliar situaciones casi desesperantes. En un informe de abril de 1797 se indicaba que la escasez de angripolas había cesado con motivo de la llegada de una partida proveniente de Barcelona, agregándose que poco tiempo después, cuatro embarcaciones de menor porte, procedentes de Río de Janeiro, habían contribuido con aguardiente de caña, azúcar, algodón, arroz y otros efectos de la tierra. Aportes a los que se suman los arribos de productos del interior, como vinos y aguardientes de San Juan y Mendoza o manufacturas textiles del Alto Perú.

También desde un primer momento, a las quejas por la falta de ingresos, se suman las provocadas por las limitadas extracciones de productos regionales. “Finalmente, en abril [1797] con motivo de la falta de buques para la exportación de géneros por causa de la guerra, no excedía la arroba de sebo y grasa de 4 1/2 reales, y las 35 libras de cueros 10 1/2 a 11 1/2”¹⁰. Estos ejemplos permiten no sólo considerar la situación que les tocó vivir a los rioplatenses durante la guerra de 1796, sino también comprender el por qué de la intensidad de las presiones y disputas en torno a la implementación de vías especiales para canalizar el movimiento marítimo. Tal es el caso de la instalación del comercio con Colonias Extranjeras y el mantenimiento del tráfico de neutrales.

¹⁰ *Ibidem*, p. 80.

Crisis, importación, exportación y abastecimiento interno

Ubicada temporalmente la cuestión, debemos pasar a analizar la incidencia de la estagnación con relación a las importaciones y a la salida de productos regionales.

Antes de continuar, es menester hacer dos aclaraciones importantes. En primer lugar, debemos señalar que si bien en el trabajo se hace referencia a los precios, el mismo no tiene por objeto el estudio particularizado de los mismos, como lo han hecho, entre otros, Ruggiero Romano y Lyman Johnson¹¹, enfascándose incluso en un singular debate. Por sobre la cuestión de los precios en sí, priman, por un lado, el abasto y el consumo —relacionados con la importación y la concurrencia de efectos de la tierra al mercado porteño— y, por otro, la exportación de las producciones regionales. Asimismo, es menester aclarar que si bien el análisis está referido a los problemas causados por las variantes en la navegación y el comercio exterior, el objetivo del presente trabajo es observar las condiciones internas de Buenos Aires en la etapa bélica. De allí, que nos propongamos hablar primero de los problemas derivados de la limitación o falta de ingreso de mercaderías y luego de las exportaciones.

Es importante hacer un análisis por grandes rubros que nos permita apreciar con más claridad no sólo el impacto económico, sino también el social. En consecuencia, observaremos el comportamiento de rubros vinculados a los textiles, la alimentación y la ferretería y varios.

La cuestión de los textiles, al igual que la de algunos productos alimenticios, tiene varias vertientes. Por un lado, la vinculada al tradicional régimen colonial, donde la metrópoli debía, teóricamente, proveer los productos manufacturados. Sin embargo, ya por necesidad, por conveniencia, por falta de vínculos ultramarinos adecuados o por las limitadas posibilidades de compra de los sectores de menos recursos, se generó y mantuvo una importante industria textil, particularmente en el Alto Perú, que heredó el Virreinato del Río de la Plata.

¹¹ Véanse JOHNSON LYMAN, ENRIQUE TANDETER (comps.) *Economías coloniales. Precios y salarios en América Latina, siglo XVIII*, Buenos Aires, FCE, 1992; JOHNSON LYMAN, "Romano, Johnson y la historia de los precios en el Buenos Aires Colonial", en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* 6, Buenos Aires, UBA, 1992; ROMANO, RUGGIERO, "De nuevo acerca del movimiento de precios en Buenos Aires en el Siglo XVIII", en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* 6, Buenos Aires, 1992.

El hecho de que las manufacturas extranjeras mostrasen una singular presencia en las exportaciones, desde España hacia América, no significa que desplazasen a la producción española¹². En los últimos años del siglo XVIII, la industria peninsular, aunque falta de una actualizada tecnología propia, había conseguido importantes progresos y se había hecho presente con diversos productos. Así, por ejemplo, Cataluña con sus hilados y tejidos de algodón —gran parte de ellos pintados— ocupó un lugar de privilegio en las transacciones con América. Sus fábricas de indianas dieron un auge especial al intercambio ultramarino, aunque no por ello debemos olvidar la participación de otras regiones que contribuían con paños de variadas características, como Guadalajara, Segovia y Alicante; Valencia y Murcia con su lencería, sedas, terciopelos y felpas; Sevilla y Granada con cintas, listones y pañuelos; a los que se suman calcetines y medias de lana y seda procedentes de los más diversos puntos de la Península. También la industria sombrerera tuvo gran difusión, pudiéndose señalar entre los centros productores a Valladolid, Madrid, Zamora, Barcelona, Valencia, Sevilla, y La Coruña. Aspecto este muy importante para comprender la situación que le tocaba vivir al Reino en general y, en particular, al Río de la Plata.

Como hemos visto, la nueva guerra de 1796 provocó efectos desastrosos al comercio. Ya en abril de 1797, los géneros de Castilla, vendidos al por menor, llegaron a tener un precio excesivo en la plaza porteña, principalmente la lencería, cuyos productos distribuidos al por mayor subían en los almacenes entre un 30% y un 35%. El Bramante crudo, que escaseaba en el mercado, se vendía por piezas a 4 1/2 y a 5 1/2 reales la vara, y en las tiendas de menudeo a 7 reales.

La limitación de ingresos de tejidos europeos, que provocó un singular desabastecimiento de la plaza, permitió la reivindicación de las producciones del Virreinato. Frente a la falta de géneros de importación, buenas fueron las telas locales. Los tucuyos y otros lienzos de algodón vinieron por tierra desde el norte para paliar la situación, aumentando también sus valores. En julio de 1798, sus precios se habían visto incrementados entre un 15% y un 20%.

¹² J. R. FISHER, *Trade, war and revolution - Exports from Spain to Spanish America, 1797-1820*, Liverpool, Institute of Latin American Studies, University of Liverpool, 1992; A. GARCIA-BAQUERO GONZALEZ, *Comercio colonial y guerras revolucionarias*, Sevilla, EEHA, 1972; HERNÁN ASTRÚBAL SILVA, *El comercio entre España y el Río de la Plata (1778-1810)*, Madrid, Banco de España, Servicio de Estudios, Estudios de Historia Económica, 1993.

Pronto, la necesidad hizo que aquellos tejidos toscos llegaran a tener la mejor aceptación en Buenos Aires y que, incluso, desde la capital porteña se fletaran hasta el Paraguay.

Han venido a esta Capital desde Cochabamba –se comunicaba el 31 de octubre de 1798– varias partidas de lienzo de algodón de todas clases, de precio desde 3 hasta 8 reales la vara. La calidad del de esta última clase es superior a los mejores de Europa, y es de mayor duración y finura, usándolo en aquella provincia la gente más acomodada¹³.

Sin duda, esta referencia al empleo de tales tejidos por parte de “la gente más acomodada” del norte permitía una asimilación con el status social de quienes, a falta de los europeos, debían surtir de tales lienzos en Buenos Aires. Meses después, en abril de 1799, se publicaba también en España la escasez de textiles sufrida en la Capital, “de modo que el público tiene que valerse de los que se fabrican en las provincias del distrito y las del Perú, en especial de los tucuyos y otros lienzos de algodón, que por su bondad y duración suplen a la necesidad y falta de los de Europa”¹⁴. Por entonces, se calculaba que se habían introducido durante el año un millón las varas, siendo los mejores textiles los fabricados en las provincias de Moxos y Chiquitos.

Todo el circuito comercial del norte se alteró como consecuencia de la crisis en el intercambio exterior provocada por la guerra. Los requerimientos en el consumo fueron respondidos con un significativo aumento en la producción y, consecuentemente, en el transporte. De allí que faltaran carretas y que se registrara también el aumento de los fletes, que lógicamente repercutiría en el precio final al consumidor.

Las manufacturas nortteñas habían tenido que competir en forma desventajosa con las enviadas desde la Península o introducidas de contrabando. Inferiores en calidad y sin la posibilidad de incorporar adecuadamente los adelantos tecnológicos, su importante volumen de producción se debió a que habían respondido a los requerimientos y posibilidades de los sectores de menores recursos. Tanto la gran afluencia de manufacturas europeas, particularmente luego de la plena vigencia del Reglamento de Libre Comercio, como la limitada calidad de las autóctonas habían restringido su aceptación

¹³ *Noticias...*, cit., p. 113.

¹⁴ *Ibidem*, p. 115.

por parte de los grupos de mayor poder adquisitivo. Además, tampoco la Metrópoli estuvo dispuesta a permitir que sus artículos manufacturados se vieran restringidos en el mercado americano por la concurrencia de las industrias locales. La guerra desatada en 1796 creó un nuevo estado de cosas. Los nortños debieron ver en esta coyuntura la posibilidad de consolidar el desarrollo de una industria que, hasta el momento, había estado básicamente dirigida a un segmento de la población. Se vigorizaba ahora una de las producciones más tradicionales del Virreinato.

En el Alto Perú e incluso en todo el Tucumán, con altibajos, se había mantenido esta actividad industrial que recurría básicamente a la mano de obra indígena. Los tocuyos altoperuanos llegaron hasta Buenos Aires, e incluso, en algunas oportunidades, volvieron pintados o labrados. Diversos tipos de tejidos de algodón, entre los que se encontraban los destinados a mantelería, colgaduras de camas, chupas, calzones, etc., se hacían en Moxos. También Chiquitos contribuye con su producción textil, al igual que Cochabamba, que durante el gobierno de Avilés atravesaba una situación muy favorable, debido a que la falta de mercaderías europeas hacía valorizar las producciones de sus telares. Según cálculos del intendente Francisco de Viedma, en 1799 empleaba a 80.000 personas¹⁵.

A las producciones de algodón (formadas también por gorros, medias, calcetas y guantes), se sumaban las similares de lana, destacándose las bayetas elaboradas en Potosí.

Aunque sin el nivel alcanzado por el Alto Perú, en la región del Tucumán los textiles ocuparon gran cantidad de mano de obra, generalmente femenina. En Córdoba, el trabajo de la lana se traducía en frazadas, ponchos, alfombras, diversos tipos de bayetas, etc., que eran comercializados en su jurisdicción, Cuyo, Buenos Aires, Paraguay, e incluso Chile y Perú. Catamarca, Santiago del Estero, La Rioja y la ciudad de Tucumán, también contaban con producciones de sus primitivos telares; siendo menor la de Salta y Jujuy, afectada por la actividad de Cochabamba.

Buenos Aires fue afectado no sólo como introductor y exportador, sino también como redistribuidor de las mercaderías interiores hacia regiones del

¹⁵ J. M. MARILUZ URQUIJO, *El Virreinato del Río de la Plata en la época del Marqués de Avilés (1799-1801)*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1964, p.189) y "Noticias sobre las industrias del Virreinato del Río de la Plata en la época del Marqués de Avilés (1799-1801)", en: *Revista de Historia Americana y Argentina*, Año I, N.º 1 y 2, Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, 1957, p. 103.

litoral. En una carta fechada en Paraguay en enero de 1799, un comerciante de aquella ciudad le decía a su abastecedor de la Capital:

Reconozco la carestía de los géneros que me dices, pero qué se ha de hacer, el que ha de mantener tienda abierta es preciso aunque sea caro tener surtido, a lo menos de aquello más preciso aunque sea poco, y así ahí te remito esa notita para que me procures mandar todo pues caro comprar caro vender y cuanto más me hacen guardar más caro se van poniendo las cosas, los ponchos no puedo estar sin ellos, y así los más grandes y mejores que encuentres me mandarás, no reparando sobre medio más o menos, procura mandarme los paños que pido, y si no hay, de cualquier laya [...]»¹⁶.

Tres meses después volvía a reclamarle la mercadería, diciéndole: “he de sentir mucho si a la hora de ésta no me tenés remitido lo que te tengo pedido en mis anteriores, mayormente los ponchos que con particularidad te repito en mi carta, pues yo no sé como escribirte, pues digo que aunque sea caro, me mandes todo lo que pido [...]”¹⁷.

A fines de 1799, como contracara de la situación vivida en Buenos Aires, los informes sobre Cochabamba señalaban que:

El estado de la agricultura está aquí en el mayor auge que se ha visto hasta ahora, y si se esforzaran los vecinos a continuar con el empeño que han empezado el plantío y cultivo de algodón, no necesitaba entonces esta provincia de mendigar fruto alguno de las extrañas para hacerse muy rica y poderosa.

En cuanto a la industria se va haciendo muy floreciente la de tejidos de algodón o tucuyos, ya por la escasez de lencería de Europa, propia para la plebe, que es la que consume esta clase de ropa, y ya por la subida que con este motivo han tenido los precios¹⁸.

Pese al aumento de sus producciones, también las provincias del norte sufrieron la falta de internación, aun de productos textiles, llegándose en Potosí a vender cada pieza de bayeta a 200 pesos.

¹⁶ Carta de Manuel Francisco Falcón a Manuel Alonso Gil, Archivo General de la Nación, IX-18-10-8.

¹⁷ Archivo General de la Nación, IX-18-10-8.

¹⁸ *Noticias...*, cit., p. 130.

Con respecto a los productos vinculados a la alimentación, digamos que el problema no era tan vital, debido a la existencia en Buenos Aires de carnes, trigos y hortalizas. No obstante, diversos elementos básicos o complementarios provenían de Europa, de colonias extranjeras, de otras posesiones españolas y del interior del Virreinato.

Uno de los problemas principales se presentó con la provisión de vino y aguardiente, de gran consumo en la región bonaerense. Es interesante observar esta cuestión, debido a que, aunque con diferentes calidades, se proveía tanto del interior como del exterior.

En el caso de los vinos, en la medida en que se fue incrementando el comercio exterior, los de Mendoza y San Juan fueron recibiendo una mayor competencia de los elaborados en España y las Islas Canarias. Por su parte, Cuba y el Brasil se suman como proveedores de aguardientes de caña y Lima, de aguardiente de uva.

La escasez dinamizó el aumento de los precios en la plaza, mostrando su incidencia en el costo; incluso llegan a quedar sin existencias de vino en la ávida Buenos Aires. Ya a principios de 1797 escaseaban todos los caldos de origen peninsular. Asimismo, el 31 de octubre de 1798, se indicaba que: “Apenas se consiguen los aguardientes y demás licores para las precisas urgencias, ocasionando esto un aumento considerable en el de la tierra”¹⁹. Los precios fueron variando de acuerdo al mayor o menor abastecimiento del mercado, aunque la tónica fue marcada por la escasez de tales productos. En abril de 1797, el aguardiente de la Habana y colonias extranjeras costaba, según su calidad, entre 30 y 32 pesos el barril, el de la tierra entre 28 y 35 pesos y el vino de 14 a 16. Poco más de un año después, en junio de 1798, la falta de provisión llevaba a que el de la tierra subiera a 34 y 36 pesos el barril, equiparando prácticamente al proveniente de las colonias extranjeras. En enero de 1801, las cosas no habían variado,

Hay mucha escasez de vinos y demás licores de Europa, y los pocos que se encuentran están a precios excesivos, con cuyo motivo están también poco equitativos los que vienen de las Provincias interiores, pues los vinos no bajan de 22 pesos y el aguardiente de 28 a 30 pesos el barril²⁰.

¹⁹ *Ibidem*, p. 112.

²⁰ Archivo General de la Nación, Buenos Aires, 383.

En forma similar a lo sucedido con los textiles, la producción de vinos y aguardientes cuyanos se vio favorecida por la crisis, generando un alza en los precios y en los costos de transporte. La falta de provisiones desde España y el mantenimiento del consumo siguieron afectando a la plaza porteña.

Nada varió en sustancial el estado del comercio de esta capital ni el de las provincias en el mes de septiembre, siguiéndose experimentando la escasez de frutos y efectos, así del país, como de Europa y sus altos precios y los crecidos portes por tierra desde Mendoza a Buenos Aires, los cuales excedían de 100 pesos²¹.

El azúcar, elemento de gran consumo en Buenos Aires, fue otro de los productos afectados. La Habana, Brasil y Lima se habían constituido en los grandes proveedores, apareciendo también Chile en los registros. De allí que las referencias estén preferentemente ligadas a la importaciones. No obstante, dentro del Virreinato, aunque sin la trascendencia de los textiles altoperanuanos o los caldos cuyanos, en Paraguay y Salta del Tucumán la industria azucarera había obtenido resultados. En enero de 1797, los azúcares blancos de la Habana y Lima corrían a 4 1/2 y 5 1/2 pesos la arroba y, en abril del mismo año, junto a los provenientes de colonias extranjeras, se vendían entre 5 y 6 1/2 pesos. A mediados del año siguiente, se hacía referencia a las del "interior del Reino", que conjuntamente con las de origen externo se cotizaban entre 6 y 7 pesos la arroba. El arribo de navíos procedentes de colonias extranjeras, preferentemente de Brasil, solía traer cierta distensión en el mercado, no obstante Buenos Aires, debido al gran consumo, nunca se consideraba debidamente abastecida.

La calidad, junto a las limitaciones de las remesas por origen, también marcó, en algunos momentos, diferencias, por lo que en octubre de 1798 el azúcar de la Habana llegaba a valer entre 7 y 7 1/2 pesos la arroba, frente a los 6 1/2 y 7 pesos en que se vendía el proveniente de colonias y del interior.

Sin duda, es muy difícil y tedioso pormenorizar la escasez de productos, pudiéndose señalar particularmente las quejas por la falta de arroz, almendras, pimienta y especiería en general.

Arroz se traía de Brasil, la Habana y Lima, promovándose también su cultivo en el interior. Para 1798, se había extendido su producción en

²¹ *Noticias...*, cit., p. 114.

Tucumán, aunque los problemas derivados de los fletes y de la ineficiencia industrial para el pelado de la cáscara conspiraban contra su ubicación en el mercado porteño.

El ramo de la ferretería, chapa y lo relacionado con el uso del hierro recibió un duro impacto con las limitaciones en la importación. El Río de la Plata debía surtir de todo, existiendo incluso una industria como la saladeril que requería gran cantidad de duelas para armar los toneles. De los países industrializados de Europa, particularmente de Inglaterra, provenían muchas herramientas, a las que se sumaban, dentro del origen peninsular, los aportes del área vizcaína. Abierto el tráfico de neutrales, se introducen herramientas (para carpintería, azadas, palas y hachas) desde los Estados Unidos, siendo común observar cómo, bajo el rótulo de “lastre”, ingresan importantes cantidades de duelas.

Finalmente, dedicaremos unas pocas líneas a uno de los elementos de gran consumo, cuya escasez causaba grandes problemas públicos y privados: el papel. Quizás hoy, en el momento de revolución en las comunicaciones y los registros computarizados, nos resulte difícil apreciar el real significado de la falta de papel. Sin embargo, debemos observar, entre los principales usos, que en la Colonia todo quedaba registrado, que las comunicaciones oficiales se hacían por triplicado y cuadruplicado, que todo un mundo de papeles se movía en torno a la producción y al comercio, y que la misiva era el vínculo permanente entre las personas, aún dentro de la misma población de residencia. De allí que, junto a la preocupación por los artículos de alimentación y de vestimenta, encontremos habitualmente la inquietud por la falta de papel y su elevado precio.

La estructura colonial —en gran parte dependiente de las manufacturas extranjeras— mostraba, en situaciones como la que le tocó vivir a Buenos Aires a partir de 1796, sus tremendas falencias. Aún haciendo referencia solamente a los productos de mayor consumo, nos faltaría apreciar conjuntos tan importantes como los vinculados a la cristalería, a la loza y otros enseres domésticos, que recibieron igual suerte que los anteriores. Por ello, considero una redundancia su tratamiento pormenorizado.

Las exportaciones

Paralelamente, con la limitación en los ingresos, el comercio padeció notablemente por la falta de buques para extraer las producciones regionales.

Situación agravada por la presencia de naves británicas cruzando la desembocadura del río. Esto trajo aparejado serios problemas a armadores, comerciantes y hacendados bonaerenses interesados directamente en el tráfico, a la vez que la población sintió los efectos derivados de la paralización. “En abril de 1797, con motivo de la falta de bodegas la arroba de sebo y grasa no superaba de 4 1/2 reales, y las 35 libras de cueros se vendían entre 10 1/2 y 11 1/2”²². A mediados del año siguiente, como hemos visto, gran cantidad de productos de origen pecuario se hallaban detenidos. Las barracas tenían abarrotadas las instalaciones e improvisados tinglados apenas si preservaban los cueros de las inclemencias del tiempo.

Si bien, por lo común, al tratar las cuestiones vinculadas al comercio y la navegación, se habla de los efectos sobre los interesados en el tráfico o los consumidores, no puede escapar, en este caso, el conflicto social provocado por la disminución —cuando no paralización— de las matanzas de ganado. Aquí también se enraizan los problemas generadores del clima revolucionario que estallará a fines de la primera década del siglo XIX. Si la puja y disputa ideológica se dio entre sectores de la burguesía comercial, funcionarios y núcleos intelectualizados, todos los grupos sociales, en mayor o menor medida, fueron conmovidos por los efectos de la contienda. Por ello, cuando el Consulado gaditano que había promovido el sistema de neutrales, no sintiéndose beneficiado por el mismo, logró su revocación en abril de 1799, se generó un nuevo clima de tensión.

Las condiciones que habían llevado a la aplicación del tráfico de neutrales seguían manteniéndose y, el hecho de que por la nueva disposición Real se pretendieran mantener “en fuerza y vigor las *Leyes de Indias* y el *Reglamento del Libre Comercio*”, no pasaba de ser una actitud voluntarista, generadora de reacciones²³. De allí que un funcionario de la Aduana de Buenos Aires, al referirse al problema social provocado por la difícil coyuntura, señalara por entonces:

La sabia Real Orden que facilitaba el comercio legítimo por medio de los puertos neutrales, fue suspendida a reclamación del consulado de Cádiz, que no conoce la necesidad de mantener [aquí] en calma 6.000 cuchillos que hay en

²² *Ibidem*, p. 80.

²³ *Documentos para la Historia Argentina, Comercio de Indias, Consulado, Comercio de Negros y de Extranjeros (1791-1809)*, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 1915-1916, pp.157-58.

esta banda del río, que son 6.000 lazos y 6.000 bolas de atrapar ganado vacuno y caballar, de que pende su subsistencia, y 10.000 en la otra banda o campos de Montevideo y Misiones, que son lo mismo, que otras tantas fieras que tendrá el gobierno que sujetar, si les faltase el empleo de la matanza y beneficio de cuero, sebo y grasa²⁴.

En medio de vaivenes, presiones y contradicciones, la implementación de medidas promotoras de la exportación, no siempre ajustadas a derecho, trataron de paliar los efectos de la crisis, provocando algunas fluctuaciones en los valores. Situación que afectó, preferentemente, a las carnes saladas y sebos, que encontraron vías de salida hacia Cuba y colonias extranjeras.

Los cueros, que no hallaron adecuados embarques, siguieron depreciándose. A fines de 1799, señalábase desde Buenos Aires que los mismos valían entre 8 y 9 reales las 35 libras, bajando más al llegar el nuevo siglo, debido al excesivo acopio hecho en la Capital y en Montevideo.

De la esperanzadora paz a la reanudación de la contienda

Con el conocimiento de la paz, difundida en Bahía de Todos los Santos el 6 de noviembre y en Buenos Aires al mes siguiente, se iniciaba un nuevo ciclo en el desenvolvimiento comercial de España y sus colonias. Los puertos peninsulares quedaron libres de la acción armada inglesa y, consecuentemente, con la finalización de los bloqueos se vigorizó el tráfico. Una rápida ilusión de normalidad afectó al comercio bonaerense, aunque ya las bases de un nuevo tipo de intercambio, solidificado en los duros años de guerra, iban a mantener su presencia.

El impacto de la paz fue enorme, con fuertes bajas en los precios y abarrotamiento de mercaderías. “Los efectos de Europa –señala un informe de febrero de 1802– van cada día minorando sus precios y en la actualidad se venden en los almacenes con la baja de un 100% y de menudeo, en las tiendas, con cortísima diferencia”²⁵

Como era de esperar, los productos de la tierra que se habían valorizado no tienen salida en la plaza porteña, afectando negativamente a las economías del interior. Según el mismo informe, lienzos de algodón o tucuyos “[...] se

²⁴ Archivo General de Indias, Buenos Aires, P. 348.

²⁵ Archivo General de Indias, Buenos Aires, 383.

hallan detenidos en varias provincias interiores por el temor naturalmente fundado de sus demérito en la actualidad; con efecto la baja de la lencería de Europa, ha extinguido casi enteramente la venta de la de la tierra y sólo podrá tenerla a precios ínfimos”²⁶. A tal punto ha cambiado la situación que se abrieron “baratillos de lencería y otros géneros”, mientras que los de la tierra apenas si podían ser vendidos al costo.

La paz y la consecuente transformación de las condiciones de comercialización, afectó igualmente a los productos de exportación, revitalizándose, en consecuencia, la economía porteña.

Los cueros antes de la paz –se señalaba en 1802– o no tenían precio, o era muy ínfimo, con motivo de las muchas existencias que había en almacenes, tanto que ya no se hacían más corambres que las que resultaban de los mataderos de Buenos Aires y otras poblaciones, y de las reses necesarias para el consumo de carnes de las mismas estancias; con este motivo se habían aumentado prodigiosamente los ganados: el sebo corría de 6 a 7 reales la arroba.

Publicada la paz subió el sebo de 9 a 10 reales, y los cueros de toro y novillo de 11 a 13 reales las 35 libras [...]

El flete de los cueros estaba en Buenos Aires en abril a 20 reales la pesada. En mayo siguiente había en Montevideo más de cien embarcaciones nacionales y extranjeras, y las fábricas de tasajo y sebos iban tomando incremento²⁷.

Como contrapartida, languideció de golpe el comercio de manufacturas de las provincias. Las plazas, tanto de la capital como del interior, se abarrotaron de productos provenientes de los más diversos orígenes. Los tucuyos, que habían sido comparados con las mejores telas europeas, cayeron en desuso, quedaron detenidos en los lugares de producción o en las escalas y precipitaron la crisis de sus industrias, hasta poco tiempo atrás en alza. Situación similar a lo ocurrido con los vinos y aguardientes de San Juan y Mendoza. El vino bajó de 28 a 9 y 10 pesos el barril, llegando un comerciante a ofrecerlo por el coste de los derechos y porte.

El fin de la guerra trajo nuevas ilusiones a comerciantes y ganaderos que, sin renunciar a las conquistas logradas, por medios legales, pseudolegales e ilegales generaron un movimiento comercial mucho más amplio que el regis-

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ *Noticias...*, cit., pp. 144-45.

trado en la tapa previa a 1796. La experiencia había sido muy dura y ahora debía ser aprovechada. Sin embargo, mientras la plaza porteña se reponía, el interior, que había sido revitalizado en sus producciones por la estagnación, languidecía rápidamente, quedando evidenciada también una situación que afectará largamente a nuestra vida nacional.

Poco duraría aquella ilusión de normalidad. Cuando la revitalización del comercio exterior y la producción pampeana mostraban una fisonomía optimista para la plaza porteña, nuevamente se desató la guerra (1804). Los efectos, teóricamente, debieron ser los mismos, sin embargo, la experiencia lograda a fuerza de soportar la crisis y la consolidación de nexos internacionales, ya habían abierto nuevos rumbos para la economía regional.